

Bajos los almendros. Estampas de amor y muerte.

Juan Antonio Isla
siglo XXI editores

Museo de Arte de Querétaro, 31 de agosto de 2017

Comentario de Inocencio Reyes Ruiz

ARS CREPITANDI

Un dicho ruso: "La vida es un infierno para quien lo recuerda todo".

La literatura nos puede salvar.

La literatura es el pedazo de tierra a donde el náufrago es arrojado por los demonios del mar. No piensa en lo que perdió. No comprende cómo pudo salvar la vida. Lloro, se alegra.

La literatura es un claro en el bosque desde el que miras hacia todos los puntos. Los an

Cinco horas en el Periférico, azotado por una tormenta furiosa, en la más absoluta soledad, lejos de todo y cerca de nadie. Ya en tu casa, te descalzas, te desanudas la soga que te asfixia, te desprendes de prendas y prebendas; el agua tibia desentume tu piel... Y al final del Sexto Día, Dios creó una holgada nube de luz sagrada, y se hizo la pijama. No supo Dios si era bueno, pero sí que era cómodo, y sólo entonces pudo descansar a sus anchas.

Un vaso de leche, un paquetillo de galletas Marías. Te tumbas en el sillón. Abres la novela *Bajo los almendros*. Pasajes y paisajes, personas y personajes, venturas y desventuras... Reencuentras el sentido de la vida; cientos de matices diluyen el veneno del blanco y el negro... Decía Monsiváis que un lector nunca está solo. Es un ser sobrepoblado.

La historia comienza

"El que ganó la apuesta" (*página 11*).

Bajo los almendros es una novela. Es una buena novela: el todo se encarna en la parte; en cada una de sus partes, en cada una de sus 67 estampas, en cada uno de los pequeños dibujos de amor y muerte, acuarelas de hechos y personajes que viven sin comprender y comprenden sin vivir; en cada uno de los trazos que desbrozan los ardores de la carne y el espíritu y nos dejan ver lo que oculta el Arte Mayor de la ciudad: el *Ars crepitandi*, ese tufo escatológico que trasmina los gruesos muros de las almas y las casonas, un arte

obligadamente silencioso, si acaso un murmullo ventoso, un soplo de fisiología cuyo *tempo* no desentona con los acordes acordados por la oligarquía decadente de la ciudad.

El telón de fondo es la guerra civil que sobrevino con el asesinato de Madero en 1913. La Revolución pasó por la ciudad, pero no se le dio la gana quedarse a vivir aquí. Aquí no pasó nada. Aquí nunca ha pasado nada. Aquí sigue sin pasar nada. El *Ars crepitandi* cambió su domicilio: del Casino se desperdigaron sus olores por distintos y distantes salones de las casonas, condenados al secreto de familia, apretujados en los rincones donde el hedor fariseo impregna de ponzoña el habla de los atrios, los susurros azufrosos de la gente bien.

La novela *Bajo los almendros* no cae en la tentación de la estridencia ni de los juicios de valor. Los personajes hacen como que no ven el estruendo revolucionario y hacen como que no oyen el rumor del tiempo. Sin embargo, su mundo se desgaja y los personajes se acicalan con la mortaja de desgracias que desgarran sus inesperados destinos.

Dos hombres, dos patriarcas rivales, dos familias, dos hacendados dueños de miles de hectáreas y miles de vidas miserables... Es el ocaso del régimen de servidumbre, el principio de un fin que no llega. Los personajes siguen vivos, con otros disfraces.

Don Diego Ostolaza, casado con la española doña María de Ávila, es un hacendado a quien la Junta de Notables de la ciudad designa gobernador provisional. En su primer discurso sentencia: "No permitiremos que se repita el saqueo del que fuimos víctimas los queretanos", refiriéndose al gobernador Cosío, que gobernó durante casi treinta años y dejó las arcas del dinero público en menos que nada. También de la nada, don Diego resultó un orador elocuente, pero tenían que poner en el podio un cajón con escalones para que el público pudiera verlo. Era llamativamente chaparrito. Prometió mucho y nada cumplió. Gustaba de invitar a todos una copa o un cafecito, pero nunca decía cuándo ni dónde.

María de Ávila, a partir de la ejecución (perdón, del asesinato) de su hijo Santiago y de las sucesivas desgracias familiares, enmudece, pero su tristeza muda es el que más habla, la más literaria, la más humana de la novela.

Los cinco hijos Ostolaza.

Alberto, sosegado y estoico, carga con la culpa ontológica ante las desgracias de sus padres y hermanos y hermanas. Se suicida o se deja morir en un cuarto de hotel cercano de la Basílica de Guadalupe. Es el Aliosha queretano.

Santiago fue ejecutado (perdón, asesinado) por unos sicarios (perdón, por unos asesinos a sueldo), los hermanos Piñeiro, en un equívoco que fragua en Samuel Piñeiro, condenado a la culpa por el equívoco y por el suicidio de su hermano. Parece Raskólnikov.

Omar, el menor de los hijos, es un joven violento y arrogante, lector de Balzac, Flaubert y Víctor Hugo. En contraste, gritaba a las sirvientas "Pinches indias mugrosas" y las futeaba sin misericordia... Su ardiente mujer lo abandonó por un ladrón bilbaíno... Omar se dejó morir de amor o indignidad; tal vez de culpa y vergüenza; probablemente, como Stavroguin, de vacío nihilista ante la conjura de sus recuerdos apiñados en un costal desastrado.

Malena, la mujer de las manos danzantes, sanaciones táctiles de magia erótica que lindan con el incesto. Desaparecida voluntariamente a París con un pintor, al poco tiempo reaparece involuntariamente en la ciudad, abandonada por el pintor.

Evita, estoica y misericordiosa, carga en el lomo de su alma noble las desgracias de la familia. Vive sin vivir en ella y muere porque no muere. Su vida termina en un convento.

Y David, el incestuoso teórico, militar contenido, es el Romeo que se enamora de Emigdia, la hija del enemigo de los Ostolaza. Escribe el autor: "el misterio del amor fue como un crisantemo de pirotecnia que estalló en el cielo".

Los Lobato

Don Hernán Lobato y su esposa doña Felisa Hortigoza es la familia rival de los Ostolaza. Ambos son privilegiados herederos de una inmensa fortuna. Don Hernán Lobato es hijo de Cayetano Rubio (perdón, Cayetano Lobato), sucesor del gobierno del chaparrito Ostolaza. Ella, Feliza Hortigoza, es hija de don Jacinto Ortigoza, dueño de los almacenes *El Puerto de Veracruz*, uno de los hombres más ricos de México. Los padres de don Hernán y doña Felisa se conocieron en las aguas benditas de La Cañada. Se hicieron socios y consuegros. Doña Felisa se avergonzaba de la estúpida riqueza de sus padre.

Las hijas.

Emigdia Lobato se enamora de David Ostolaza en El Casino, sin imaginar que era hijo del enemigo de la familia.

Elena, casada con el ingeniero agrimensor Miguel Figueroa, fue una virtuosa desperdiciada. Se pasó la vida esperando en vano a su marido, un dandi presuntuoso y asexuado. Ella, Elena, se entregó, entre los acordes acompasados de los Nocturnos de Chopin, a comer pastelillos. Escribe el autor que su gordura llegó a ser colosal. De soltera, rubia y voluptuosa, desde la bañera, fue la delicia de los sirvientes mirones, que competían por el trofeo del esperma de mayor alcance.

.....

La novela no es una cronología de sucesos; el novelista juega inteligentemente con los hechos y con los tiempos. Adelanta el reloj, lo atrasa, regresa a un presente invisible, musicaliza con una asombrosa sencillez la obertura de la tragedia. Don Diego Ostolaza lo pierde todo. Don Hernán Lobato algo conserva. Después de que el gobernador Loyola intenta una reconciliación, la muerte hizo su trabajo complementario.

Es una novela de apariencia inofensiva, de lectura sencilla; pero hay que estar muy atentos a la tragedia que burbujea su veneno de amor y muerte de los personajes, de la catástrofe que puso fin a una época.

.....

Disfruten la novela. Como hacía Chejov, juguemos a cazar reflejos de sol entre las sombras.

Pero que lo dicho quede entre nosotros. Ya saben cómo es la gente de aquí.

Por eso no digo nada, para que nadie piense que quiero decir algo.